
Para fomentar la fe en la escuela cristiana

George Akers

sonas que encuentro en el campus (trato de seleccionar dos adultos y dos alumnos) les formulo preguntas como éstas: ¿Qué tipo de institución es ésta? ¿Es éste un colegio especial? Las preguntas que siguen a continuación son bastante reveladoras también: ¿Qué hace aquí? ¿Por qué eligió estudiar (enseñar/trabajar) en este lugar?

Si el entrevistado resulta ser un padre, adapto la pregunta: Dígame, ¿por qué ha elegido gastar todo ese dinero que tanto trabajo le ha costado ganar, cuando podría enviar a su hijo a un colegio estatal? ¿No le parece que los colegios públicos también ofrecen buena educación y están a la vuelta de la esquina de su casa?

Es lógico que lo que estoy tratando de descubrir es alguna evidencia de que los estudiantes, el profesorado, el personal y los patrocinadores, están realmente familiarizados con la misión distintiva de la institución, y pueden, en sus propias palabras, expresar los principios de la organización. Quiero que identifiquen lo que el colegio ofrece como para que valga la pena hacer un sacrificio.

Este pasatiempo entretenido me ha dado la oportunidad de tener algunas entrevistas encantadoras (y otras que me han hecho pensar) en escuelas de diferentes credos y tipos de educación. Mi curiosidad ostensiva y mis preguntas de turista me ayudan a tomarle el pulso a un colegio y compenetrarme de su identidad. Es raro que escuche una buena propaganda de relaciones públicas bien ensayada.

En cierta ocasión, los miembros de una comisión evaluadora de una academia secular particular, preguntaron a diferentes alumnos en los pasillos: “¿Cuál es el propósito principal de este colegio?” Casi todas las respuestas eran una variación del mismo tema, “A este colegio le interesa, por sobre todas las cosas, el tipo de persona que yo seré”. Realmente no había una respuesta religiosa abierta, pero se notaba una fuerte tendencia ética, apropiada a la misión del colegio. La edificación del carácter obviamente no era un asunto periférico o casual. Se lo aceptaba como un identificador apreciado aun por los estudiantes. Los jovencitos tienen una forma misteriosa para darse cuenta de lo que es importante para los profesores.

Años atrás me tocó ser el orador del viernes de noche en una de nuestras academias. Luego del culto, recibí la invitación de acompañar a un grupo de estudiantes para una reunión llamada “Después que la luz se fue”, a realizarse en una de las barracas del colegio.

Antes de dirigirme a esa reunión, me detuve por unos momentos en el dormitorio para un

Visitar escuelas es uno de mis pasatiempos favoritos. Soy capaz de salir de la autopista, sólo para visitar la escuelita parroquial anunciada en un cartel de camino y comprobar si el lugar está a la altura de sus pretensiones.

La forma en que abordo mi presentación es simple: Con toda simpatía anuncio que soy un extraño que iba por la autopista y me llamó la atención el aviso que anunciaba la existencia de esta escuela. Luego, a las primeras cuatro per-

breve asesoramiento, por eso cuando llegué a la barraca el programa estaba en pleno desarrollo. Coritos religiosos, testimonios, risas y llantos de alegría. Pensé: “¡Cuánto me gustaría que todos los padres de esta asociación pudiesen escuchar lo que yo tengo el privilegio de escuchar y ver, porque nunca lamentarían el sacrificio financiero que hacen, ya que están permitiéndole a sus hijos tener el privilegio de beber de esta camaradería cristiana que nutre su fe!”

Sin embargo, lo mejor todavía estaba por venir y fue todo una sorpresa.

El presidente de la clase del último año se dirigió a mí diciendo: “Profesor Akers, queremos cantar para usted el himno de nuestra clase”. Mis años de preceptorado, enseñanza y administración instintivamente me pusieron en guardia y pensé, “Oh, oh, aquí viene uno de esos cantitos narcisistas con melodía bailable, atención mundo todo, aquí venimos nosotros; somos lo mejor (etc.)”

Me pregunté, “¿dónde está el profesor patrocinador de todo esto? ¿cómo es que quedé atrapado en este cambio de eventos? Es obvio que van a actuar para mí y luego que hayan terminado esperarán que les apoye este canto secular, y eso no lo puedo hacer, entonces, ¿qué hago?”

Mi angustioso diálogo interior fue corto pues me di cuenta que no era uno de esos coritos de fogata. La música estaba bien acompañada y cantada, además de ser de buen gusto y reverente. Observé los juveniles rostros que irradiaban salud y devoción. El final de la primera estrofa hablaba de las pruebas como instrumentos de Dios para hacernos más fuertes. Cuando comenzaron la tercera estrofa, las palabras hablaron a mi corazón:

Agradezco a Dios por las montañas y por los valles.

Le agradezco por las tormentas que me ayudó a enfrentar.

Si nunca hubiese tenido problemas nunca habría sabido que él podía solucionarlos,

Nunca habría sabido lo que la fe en Dios puede hacer.

*(Coro) Por todo esto, por todo esto,
he aprendido a confiar en Jesús,
he aprendido a confiar en Dios.*

Por todo esto, por todo esto,

He aprendido a depender en su Palabra.¹

¡Qué testimonio de la influencia e impacto espiritual de los colegios cristianos! ¡Que una clase de graduandos haya elegido deliberadamente una declaración de fe, puesta en música, para decirle al mundo cuáles eran sus valores centrales, es algo inconcebible “fuera de onda”

en la cultura juvenil de hoy! Todo eso decía mucho acerca del ambiente general de ese colegio. Es más, esa declaración hablaba del efecto acumulativo simbólico, de la participación hogar-escuela durante los críticos años formativos de estos jóvenes.

Mientras regresaba a casa bajo una tormenta de nieve pensaba en mi experiencia con esos adolescentes. Ellos habían ofrecido una poderosa declaración de cuál era el centro de sus vidas. No se trataba de una aceptación fría e intelectual; estaban haciendo el pacto de tener una relación muy personal con Dios para poder enfrentar las tormentas que el futuro les traería. Su vida de fe había sido cuidadosamente alimentada y ahora florecía. ¿No es acaso eso, justamente, lo que la mayoría de los padres desea vehementemente para sus hijos cuando los envían a nuestros colegios? ¿No se nos reconoce acaso como mediadores espirituales para provocar un encuentro con lo divino?(Claro está, que todo esto opera bajo la acción del Espíritu Santo con quien cooperamos).

Sí, la *fe fomentada* en cada aspecto del programa es el aspecto en el que todos tienen que participar en un colegio cristiano si se desea que el lugar sea efectivo. No se trata entonces sólo de la tarea del profesor de Biblia, del pastor o capellán del campus. (Los alumnos saben que estas personas están para eso; y que para eso se les paga).

Es una tragedia para un campus cristiano estar dividido entre el reino de lo sagrado y lo secular, como si fueran firmes compartimientos de agua separados. En la mayoría de los colegios cristianos el currículo no es muy diferente del de los colegios seculares convencionales (excepto porque las clases de religión son un requisito). Las actividades religiosas, es decir los cultos diarios y los de fin de semana, además de las semanas de oración, están meramente injertadas. Los colegios de este estilo dejan las preocupaciones de índole espiritual fuera de los estudios, y esto se hace de una forma notoria para preservar “el respeto académico”. El mensaje que se envía a los jóvenes y que el mismo colegio patrocina, provoca un dualismo, porque eso les dice a los jóvenes el lugar que tiene la religión en esa institución. En realidad están diciendo: “Ustedes pueden separar en sus vidas lo secular y lo religioso, así como nosotros prudentemente lo hacemos aquí en el colegio”. Un mensaje como éste tiene profundos alcances psicológicos y espirituales, porque está demostrando que el personal ha abdicado de su responsabilidad.

¿Cuánta influencia tiene un profesor en un colegio cristiano secularizado? Nunca deberíamos desestimar los comentarios casuales dichos en una forma libre y natural, pero auténticamente espirituales, acerca de eventos sobrenaturales o naturales como el clima, hechos por alguien que no es un pastor, porque tienen el poder explosivo de una bomba de tiempo. Si lo multiplicamos por todo el personal del colegio tendremos un efecto acumulativo por ser el resultado de un esfuerzo de equipo. Es esta penetración intencional de misión y de consistencia de propósito sin costura, lo que da a un colegio cristiano su potencial único y su poder para transformar vidas. Nada de dualismos, bifurcaciones, o pedazos de realidad. Si ellos ven esta totalidad, casi todos los padres adventistas sacrificarán casi todo lo que poseen a fin de asegurarse que sus hijos serán enseñados en “el alimento y admonición del Señor”. Esta es la sagrada misión que se nos ha confiado a nosotros los profesores cristianos.

Es verdad también que los padres esperan que ofrezcamos una educación de primera clase en el sentido convencional secular, y que al mismo tiempo aseguremos una formación religiosa completa. Los resultados de la investigación Valuegenesis dejan esto muy claro y no dan lugar a equivocación ninguna. Para la educación adventista no es asunto de elección dar formación académica o dar formación religiosa. Tenemos que tener las dos, y ¡de la mejor calidad!

Como reconocimiento a la magnitud del profundo trabajo espiritual y la influencia de un profesor cristiano, hace pocos años la Asociación General le dio un nuevo título a las credenciales del profesor: “Pastor en Educación”. No importa la materia que enseñen los profesores cristianos, ellos son en primer lugar pastores. Su santuario son las salas de clases, su púlpito es el escritorio desde el cual enseñan, sus feligreses son los estudiantes. Qué privilegio y honor es guiar a los estudiantes en la sala de clases, confraternizar con ellos en el campus, pasar con ellos unas pocas horas del día para influirlos en su acercamiento a Dios —a través de la enseñanza, amistad, conversación, y estilo de vida general.

Esto nos lleva a un punto extremadamente importante de la integración de fe y enseñanza: El clima psicológico de la sala de clases, porque la relación que allí tiene el profesor con sus alumnos es fundamental. La IFE (integración fe y enseñanza) será efectiva sólo en la medida en que el profesor ame genuinamente a sus alumnos y respete su individualidad, así como Jesús

siempre hace, tratando a cada uno con cortesía y gentileza. La integración de la perspectiva religiosa técnicamente más hábil y adaptada al aprendizaje fallará si no existe un profesor genuinamente interesado. La actitud fría, exacta, hacia los estudiantes puede tener efectos letales —neutralizando totalmente o hasta revirtiendo los efectos de la educación cristiana. Es más, el amor ágape es fundamental en toda integración de fe y enseñanza.

Cuando leo las publicaciones de otras iglesias acerca de educación religiosa, siento que no estamos solos en reconocer que el profesionalismo, aunque es un imperativo, puede comprarse a un precio muy caro. Eso hace que minimicemos la importancia y la naturaleza profética de nuestro llamado y exista la tendencia a empañar nuestro sentido de misión espiritual.

La integración de la perspectiva religiosa técnicamente más hábil y adaptada al aprendizaje fallará si no existe un profesor genuinamente interesado.

Cuando Elena de White dijo, “La influencia cristiana debería penetrar nuestras escuelas...”² estaba hablando de lo que ahora llamamos integración de fe y enseñanza. Ella quería decir que el factor espiritual debería unir todo el funcionamiento de la educación cristiana, ya ocurriera éste en una escuela de iglesia con sólo un aula, en una academia o en un colegio superior.

Quería decir que *todo* lo que sucede en el colegio debe promover y reforzar la perspectiva cristiana del mundo.

Hoy, finalmente, hemos comenzando a darnos cuenta que la integración de fe y enseñanza existe no en programas y materiales, sino en personas. Es más que ponerle una lámina de perspectiva religiosa a una materia tradicionalmente secular. El resultado puede ser un invento superficial y un engaño —o aún ser como un tenso esfuerzo por el intelectualismo. Cualquiera de los dos serán detectados, instintivamente, por los alumnos como falsos porque fallan en unir cada cosa en un todo creíble y unificado. La única forma de lograr nuestros objetivos es enseñar dentro de una clara perspectiva cristiana y dentro de un marco de referencia. Son im-

presionantes los mapas curriculares y los recursos materiales religiosamente planificados —hasta son indispensables— pero al final, *la integración ocurre por medio de los esfuerzos del profesor*. El o ella es el catalizador básico.

Cuando un profesor entra en la sala de clases y cierra la puerta, él es el currículum porque la enseñanza pasa a través de su marco de referencia y su cosmovisión. El profesor se transforma en el gran intérprete, el “hacedor de significado”. La información es inerte hasta que alguien le da un significado humano y espiritual. Es por eso que es tan importante que la vida del profesor y su forma de ver el mundo sean plenamente cristianos.

Este modelado es manifiesto y también sutil, porque en aquello que el profesor calla y en aquello con lo cual “se sintoniza”, habla poderosamente a sus alumnos acerca de qué cosas valen la pena ser tratadas y cuáles son las cosas que ellos deben considerar importantes. Entonces, hasta el silencio lleva un mensaje. Es decir, “chicos confíen en mí, no les voy a hacer perder el tiempo con cosas que no son esenciales o que no tienen relevancia. Yo les hablo sólo de que aquellas cosas que necesitarán en la vida”. Este mensaje se inscribe en lo profundo de la psique del jovencito. La respuesta subliminal será más o menos ésta: “Si mi héroe, quien conoce y sabe tanto de este asunto, y es tan simpático, no siente la necesidad de hacer de Dios el centro de su vida (economiza la religión para el sábado), y tampoco le interesa mucho la religión organizada, entonces yo no tengo para qué pensar en eso.” Este es un asunto bastante serio como para tomarlo en cuenta ¿verdad?

Podemos decir entonces que, el profesor cristiano aporta a su llamado dos tipos de habilidades especiales, a diferencia de su colega secular que maneja sólo la materia a enseñar:

1. La habilidad para amar a la juventud como Cristo los amó. Esta perspectiva paterno, pastoral del estudiante debe ser la característica en cada contacto profesor-alumno.

2. La habilidad para modelar ante sus estudiantes el proceso de “pensar en forma cristiana”. Esta es una función profética —que significa pasar cada cosa bajo la crítica cristiana; contrastando la perspectiva temporal con la eterna. Es pensar en dimensiones cósmicas y eternas, esforzándose por examinar cada cosa desde el punto de vista celestial. (¿no es esto lo que significa crecer en gracia?)

Esto puede ocurrir aún cuando el profesor piensa en voz alta frente a sus alumnos, mientras luchan juntos con los pesados temas, equilibran-do el racionalismo con la revelación. También in-

cluye vigilar y preparar a los alumnos mientras practican esta nueva conducta. Puede incluir también una auténtica apertura personal, discusiones abiertas de las formas en que el profesor integró la fe y la enseñanza en su vida profesional, como también sus luchas personales resueltas por medio de su relación con Cristo. Esto es *modelar* la fe, y es un aspecto muy personalizado del ministerio IFE.

Una de las primeras consideraciones en cualquier línea de estudio, y a cualquier nivel, es que *el conocimiento no flota libre: siempre está anclado a alguna noción básica de la realidad*. Una presuposición tal asume que la fe es algo. En un colegio cristiano, es el profesor que ayuda al alumno a conectarse, a filtrar las ideas dentro de la perspectiva cristiana del mundo. Esto exige utilizar *principios bíblicos* como un estímulo y referencia. En el sentido más elevado, esta es la real integración fe y enseñanza —y es uno de los enfoques más delicados que se consiguen a fin de nutrir el pensamiento crítico.

De acuerdo con esto, los profesores cristianos que desean seriamente integrar la fe y la enseñanza, deben estudiar la forma cómo ser más sensibles a, y más hábiles para relacionar la materia con los temas éticos, morales y espirituales contemporáneos. En el mundo de Sodoma II que los alumnos están entrando, en una era de apostasía casi universal, debemos equipar a los jóvenes para pensar claramente en lo que ellos creen, y permanecer firmes en eso —solos si fuera necesario. Necesitan ahora practicar estas habilidades en nuestros colegios.

El término *integración fe y enseñanza* no es sólo la última palabra cliché de moda en la educación cristiana. No, ella es la *esencia misma* de la educación religiosa, tan antigua como la misma noción de ella (lea Deuteronomio 6:3-7 para ver lo que Dios le dijo a Moisés que debía transmitir al pueblo en relación a un ejemplo paternal y pedagógico consistente).

Lo que realmente debería sorprendernos es descubrir que este aspecto de la educación cristiana es “conseguido” más que enseñado. Entonces, nuestro mayor deber y privilegio es modelar en nuestras propias vidas, y hacerla atrayente e irresistible para nuestros alumnos. Aunque parezca una orden demasiado elevada, Dios ha prometido una ayuda especial para darnos credibilidad y unción.

Son tres las clases de fe que deseamos ver armoniosamente integradas en la escuela cristiana: fe doctrinal (teología correcta, basada en la Biblia), fe eclesíastica (ser parte de la familia de Dios en la tierra), y fe-experiencia (una relación de confianza con nuestro Señor). Las tres

debemos confirmarlas en toda oportunidad. Como el apóstol Pablo podríamos decir de esta trinidad, "la mayor de éstas es la *experiencia*". Es por eso, que el corito que aquella clase de graduandos cantó para mí esa noche dio en el blanco; era un testimonio de que podemos con toda seguridad confiar en Dios para que se encargue de todo lo que él permite que aparezca en nuestro camino.

En la actualidad, este aspecto de la educación cristiana parece muy oportuno dada la terrible condición de este mundo que pronto se encontrará con su Hacedor. Estos jóvenes, con quienes Dios nos ha dado el privilegio de trabajar, son candidatos para honores inmortales. Sin embargo, es muy probable que tengan que enfrentar un tiempo de dificultades como la humanidad nunca experimentó. Necesitarán de una persona especial que tenga la experiencia de caminar con el Señor para ayudarles a "pasar a través de todo esto".

La sierva de Dios en visión profética contempló nuestra época y tiene un mensaje especial para nosotros. Si en 1908 este mensaje tuvo un sonido de urgencia, porque se relacionaba con la orientación que debe tener la educación en un tiempo de crisis, hoy en día es aún más apropiado:

En visiones de la noche estas fueron las palabras que recibí: "encomienda a los profesores de nuestras escuelas a que preparen los alumnos para lo que sobrevendrá sobre el mundo".

Elena de White continúa esa declaración con una aplicación IFE:

El tipo de educación que se ofrece debe cambiar mucho, antes que pueda dar el molde adecuado a nuestras instituciones. Cuando se combinen los poderes intelectuales y morales, sólo entonces... se alcanzará el nivel de la palabra de Dios.³

A propósito, si en el último tiempo no ha leído *El Conflicto de los Siglos* le recomiendo que algún sábado de tarde lea los ocho capítulos finales. Estas profecías describen los eventos del fin, que es hacia donde están siendo lanzados nuestros alumnos. El interesante capítulo titulado, "Las Escrituras la única salvaguardia", tiene un mensaje muy claro. Sólo aquellos cuyas mentes estén fortificadas por la Palabra de Dios, saturados con los principios divinos y firmemente asidos a ellos podrán enfrentar los terribles engaños y sobrevivir durante la crisis final.

Mi querido colega, enseñarles a nuestro alumnos cómo vivir vidas de fe con un simple "así dice el Señor", es la tarea y privilegio más precioso dado a los mortales.

Estas son las poderosas habilidades que nuestros jóvenes necesitan para sobrevivir espiritualmente y son éstas las habilidades que deben desarrollarse ahora en nuestras salas de clase y en los campus de nuestros colegios. Si así lo hacemos, algún día nuestros alumnos se levantarán y nos llamarán benditos, porque no les fallamos durante el período decisivo de preparación.

El maligno no trabaja tiempo parcial, ni tampoco le interesa que su mensaje sea puesto en algún rincón por el racionalismo erudito. Su estrategia es la saturación completa. Nosotros no podemos hacer menos que eso. La guerra es real y nuestra misión fundamental en la educación adventista es reforzar la vida de fe de nuestros alumnos en cada faceta de la vida estudiantil. A fin de lograrlo es necesario que organicemos nuestras salas de clases y campus para ese fin. Tal vez sería una buena idea tener —lo más pronto posible— un retiro espiritual con el personal del colegio, donde el tema principal sea: ¿Es la característica de nuestro colegio la fe que alimenta y penetra todo? ¿Tenemos aquí un dualismo institucional? Si es así, ¿cuáles debieran ser los primeros pasos para revertir esta situación?

Estoy seguro que ese día los observadores invisibles estarán tomando nota cuidadosamente para hacer sus preparativos espirituales. Dios bendecirá nuestros esfuerzos, hechos con oración, para hacer de nuestros colegios y escuelas todo lo que él desea que sean.

El Dr. George Akers es actualmente profesor emérito del Departamento de Enseñanza y Aprendizaje, en la Escuela de Educación de la Universidad Andrews en Berrien Springs, Michigan, EE.UU. Durante los años 1985 - 1990, fue el Director Mundial de Educación de la Iglesia Adventista. Durante los cuarenta y cinco años de servicio en la educación adventista fue preceptor, director secundario, administrador de colegio superior y profesor universitario.

REFERENCIAS

1. "Through It All" por Andrae Crouch, Copyright 1971 por Manna Music, Inc., 35255 Brooten Road, Pacific City, OR 97135. Derechos internacionales de propiedad intelectual. Todos los derechos reservados. Utilizado con permiso.
2. Ellen G. White, *Fundamentals of Christian Education* (Nashville, Tenn.: Southern Pub. Association, 1923), p. 473.
3. Idem. pp. 526-527